

Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin



Sara Martín Alegre

© Sara Martín Alegre, 2019

Descubrí *Glory Season* [*Tiempos de gloria*] de David Brin buscando una novela sobre género y emigración para presentar una comunicación a un congreso sobre el tema (al que finalmente no asistí). Quizás en exceso acobardada, me pareció que una novela de fantasía que trata sobre la emigración interplanetaria podría ser mal recibida por las académicas y los académicos reunidos para debatir algo tan complejo como la emigración real y su representación literaria. Dejé de lado la comunicación pero la novela de Brin, que no es una obra maestra pero sí un texto notablemente bien escrito, se resistió a abandonarme.

De hecho, me obligó a replantearme un número considerable de ideas fijas y a intentar responder unas cuantas preguntas incómodas. Para empezar, a pesar de la misoginia en el retrato de la sociedad matriarcal que es el centro de *Tiempos de gloria*, pude disfrutar de su lectura—y mucho. En segundo lugar, a medida que leía reseñas negativas escritas desde un punto de vista feminista, empecé a discrepar con sus autoras. Poco a poco dejé de saber de qué lado estaba, sintiéndome al mismo tiempo manipulada por el autor y por las críticas, y traicionando mi ideario feminista. Sin posibilidad de usar la etiqueta postfeminista (ya que vivimos claramente en un patriarcado y no en un postpatriarcado), encontré a faltar una nueva etiqueta, que nos defina a nosotras: las mujeres feministas que,

lejos de ser andrófobas, queremos que los hombres participen en el diálogo de género y en la construcción de una alianza común antipatriarcal. Esa es la reflexión que deseo realizar con la excusa de la lectura de *Tiempos de gloria*.

Resistirse al feminismo (en la ciencia ficción): La «otra otra»

El debate al que aquí me sumo es ya bastante antiguo, al menos de medio siglo pero seguramente de varias centurias. Con todo, parece haber avanzado muy poco en los veinte últimos años. Dado que lo personal es para el feminismo, político, empiezo con una anécdota personal—un momento más bien epifánico que meramente anecdótico.

La novela de Brin no es una obra maestra pero sí un texto notablemente bien escrito.

En septiembre de 1998 asistí a un congreso sobre Estudios Culturales (en la Universidad de Zaragoza). Una académica feminista ofreció un trabajo sumamente androfóbico, no recuer-



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

do exactamente sobre qué, y mientras la escuchaba soltar veneno antimasculino, empecé a preguntarme si vivía con un hombre, si había hombres en su familia y si aplicaba su discurso a sus compañeros de trabajo. Así que no puede evitar preguntarle en público cómo podía conciliar su feminismo radical con la convivencia diaria con hombres. No supo contestar. Como el lector puede imaginar, mi pregunta fue recibida con perplejidad femenina y risas masculinas, como si fuera una *boutade*, y no una preocupación fundamental. Desde esa fecha, hace casi veinte años pues, enmarco gran parte de mi trabajo de investigación en los Estudios de las Masculinidades, con la esperanza de construir puentes entre hombres y mujeres, de cualquier identidad de género y sexual. Sucede que soy una mujer heterosexual en una larga relación estable con un hombre, y con una vida en la que los hombres son esenciales como amigos, parte de la familia, colegas académicos y estudiantes. No quiero sentirme furiosa con ellos como aquella mujer pero sí que quiero, como ella, llevar adelante la utopía feminista hasta conseguir la total igualdad de derechos y oportunidades para todas las personas.

El feminismo es, sin duda alguna, uno de los más formidables proyectos utópicos de la Historia humana, si no el más importante. Desde que Mary Wollstonecraft levantara su voz en 1792 con su *Vindicación de los derechos de la mujer*, se han sucedido las campañas y proyectos de las tres (o cuatro) oleadas feministas y se ha conseguido darle una mayor visibilidad tanto a las mujeres como a sus protestas públicas y privadas. El objetivo ha sido siempre la igualdad con los hombres, si bien nunca se ha resuelto la disputa sobre si esta igualdad debe descansar sobre la diferencia innata o sobre su rechazo. Personalmente, huyo de todo esencialismo y prefiero defender el derecho de las personas, más que de las mujeres, a ser tratadas sin discriminación alguna. No dudo en usar la etiqueta «feminista» en público, aunque no siempre es fá-

cil (sobre todo al ver la gran cantidad de personas que erróneamente creen que una feminista es quien defiende la superioridad de la mujer sobre el hombre, del mismo modo que un machista es un supremacista masculino).

El feminismo es, sin duda alguna, uno de los más formidables proyectos utópicos de la Historia humana, si no el más importante.

Con todo, y como le sucede a otras muchas feministas que callan sobre el tema, el fondo de mi mente guarda una cierta duda sobre la propia palabra «feminista» y sobre la orientación que ha tomado el proyecto utópico asociado con ella. Leo, por ejemplo, las palabras de la autora Susana Sturgis, declarando que «el feminismo es la política consistente en situar a las mujeres al frente, en el centro de la historia» (citadas en Duchamp 2007)¹, y sucede que simpatizo con ella al tiempo que me sublevo ante un proyecto que aspira a anteponer un tipo de persona a otros—en eso justamente consiste el odioso patriarcado. De modo incongruente, así pues, predico ante mis jóvenes estudiantes la necesidad perentoria de reivindicar la etiqueta de «feminista»—que no define a un movimiento radical separatista y andrófobo lleno de tipas feas, sino a la lucha por acabar con la discriminación femenina—y, sin embargo, en mis escritos académicos siembro dudas sobre el proyecto utópico subyacente a varias ramas del feminismo, más o menos radical.

¹ «Feminism is the politics of putting women in the foreground, at the centre of the story».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

Libros relativamente recientes en el campo de la ciencia ficción académica siguen claras líneas separatistas: los han escrito académicas, tratan del trabajo de las escritoras y se dirigen mayormente a lectoras.

Valoro muy altamente la celebración de la identidad femenina, pero me cansa el separatismo del feminismo académico, y, sobre todo, la licencia que muchas académicas se toman para ser andrófobas (¿o misándricas?). Me preocupa muy especialmente la guetoización del feminismo, que me parece un fracaso pese a que a menudo se interpreta como gran éxito. Como ejemplo, me referiré a la reseña escrita por Carl Freedman del volumen colectivo editado por Marleen S. Barr, *Future Females, The Next Generation: New Voices and Velocities in Feminist Science Fiction Criticism* (2000). Freedman se congratula de que mientras en el volumen anterior, *Future Females* (1987), diez de los dieciséis autores eran hombres, en el segundo dieciocho de los diecinueve nombres son femeninos. Él interpreta la lista como prueba de la creciente presencia femenina en el campo del debate académico en torno a la ciencia ficción. Yo la veo, más bien, como señal inequívoca del fracaso feminista a la hora de interesar a los hombres en los temas de género. Como el caso de David Brin indica, los autores de ciencia ficción ya no pueden ignorar el impacto del feminismo; y, por ello, como no me canso de argu-

mentar, este género narrativo, que suele tratar del futuro, es el más progresista y profeminista de todos. Los académicos, sin embargo, sí suelen obviar los temas de género (sobre todo los hombres heterosexuales), y dudo mucho que se sientan inclinados a leer un volumen como el de Barr, ni aunque les encante la ciencia ficción.

Future Females, The Next Generation empieza con la voz de su único contribuyente masculino y «mujer honoraria», el conocido especialista James Gunn, acompañado de su discípula Kathleen Hellekson. Juntos declaran que:

La ciencia ficción feminista ha seguido el camino del feminismo, por supuesto: han desaparecido las utopías separatistas, los territorios separados del mundo del hombre y el mundo de la mujer. Hoy, hombres y mujeres juegan juntos; a medida que la ciencia ficción y el feminismo evolucionan, vemos que la ciencia ficción asume un nuevo papel: como Barr nos dice, este consiste en «dar sustento y abrazar al Otro», porque el Otro ya no es un extraño ni especialmente chocante. (2000: XI)²

Sencillamente, esto no es cierto. Libros relativamente recientes en el campo de la ciencia ficción académica, tales como el volumen de Patricia Meltzer, *Alien Constructions: Science Fiction and Feminist Thought* (2006), o el de Helen Merrick, *The Secret Feminist Cabal: A Cultural History of Science Fiction Feminisms* (2009), siguen claras líneas separatistas: los han escrito académicas, tratan del trabajo de las escritoras y se dirigen ma-

² «Feminist science fiction has gone the way of feminism, of course: Gone are the separatist utopias, the separate realms of a man's world and a woman's world. Women and men get to play together now, but as science fiction and feminism evolve and change, we see science fiction take on a new role: that of, as Barr says, 'nurturing and embracing the Other', because the Other is no longer alien or even particularly shocking».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

yormente a lectoras (en absoluto intentan incorporar a los hombres a su público, y menos al lector medio no académico). El volumen colectivo editado por Wendy Gay Pearson, Veronica Hollinger y Joan Gordon, *Queer Universes: Sexualities in Science Fiction* (2008), es en este sentido mucho más prometedor, ya que sí pretende establecer un diálogo entre géneros. La pega es que, como se puede ver, deja de lado la heterosexualidad, quizás porque es la que más se resiste a ese diálogo.

La propia Barr caracterizaba la América pre-11 de Septiembre de 2001, en la que escribía, como una feliz utopía feminista donde el presidente Bill Clinton tenía por esposa a una brillante mujer, Hillary. Barr incluso celebraba que los Estados Unidos perdonaran la infidelidad conyugal del lúbrico Bill, ya que prefiere un presidente que haga el amor a uno que haga la guerra. La autora cantaba, además, las alabanzas de esa supuesta «Cultura postfálica, y no utopía separatista feminista, donde los hombres que aceptan que el tamaño no importa tienen su sitio [...]». La cultura postfálica anuncia un cambio de paradigma: el momento cuando la realidad cambió para reflejar la visión utópica de la ciencia ficción feminista»³. Para mi horror y consternación, aunque sé que se refiere a la ciencia ficción, Barr llega a declarar que «Los hombres postfálicos son benignos. Hacen que se pueda descartar la necesidad de establecer una utopía separatista feminista, y de erradicar a los hombres» (2000: 81). Sus palabras suenan absurdas e irresponsables hoy, después de que Hillary Clinton haya sido dos veces rechazada como posible primera presidenta de Estados Unidos, primero en 2009 en

favor de Barack Obama, un hombre negro⁴, y luego, en 2016, del grotesco patriarca Donald Trump (pese a ganarle las elecciones en número de votos populares). Bill Clinton, recordémoslo, dio paso a la presidencia claramente patriarcal de George Bush Jr. (2001-9), cuyo mayor enemigo, el islamismo radical, reina aún supremo como ideario de extrema derecha patriarcal al que se aferran los muchos hombres desposeídos por América. Nadie habla hoy, en todo caso, de utopía feminista separatista, sino de miedo, mucho miedo, por el futuro de las mujeres (sólo hay que pensar en la serie inspirada por la novela de Margaret Atwood, *El cuento de la doncella*).

Posteriormente, Barr ha dedicado gran parte de su energía académica al actual proyecto feminista de ampliar la ciencia ficción académica para incluir autoras no blancas. Este proyecto colectivo consiste en rescribir la «historia de la ciencia ficción dominada por corrientes masculinas»⁵ (Duchamp 2002), que es sexista y manipuladora, luchando contra el contexto actual, carente del entusiasta sentido de comunidad del que se benefició el feminismo de los años 70 y 80. En su ensayo sobre la autora británica de origen nigeriano Buchi Emecheta, Donna Haraway escribe que:

Es fácil encontrar discursos feministas, antirracistas, y anticoloniales que reproducen a los otros y a nosotras mismas como recurso para esas mismas narraciones cerradas, sin saber cómo construir afinidades, sabiendo en cambio cómo construir oposiciones. «Nuestra» escritura, sin embargo, está llena de la esperanza de que aprenderemos a estructuras las afinidades en lugar de las identidades. (1991: 113)⁶

³ «Post-phallic culture, not separatist feminist utopia, has a place for men who accept the fact that size doesn't matter. (...) Post-phallic culture announces a paradigm shift: when reality changed to reflect utopian feminist science fiction». Segunda cita: «Post-phallic men are benign. They preclude the necessity of establishing feminist separatist utopias, of eradicating men».

⁴ Hijo de mujer blanca americana y de hombre negro de Kenia y, por lo tanto, tan blanco como negro. Las definiciones racistas persisten en medio de la supuesta apertura de miras.

⁵ «malestream history of sf» (Duchamp 2002).

⁶ «It is easy to find feminist, anti-racist, and anti-colonial discourses reproducing others and selves as resources for



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

Lo que me preocupa sobre el feminismo, precisamente, es que, mientras que la necesidad de construir «afinidades» en lugar de «oposiciones» entre mujeres de distintas clases, razas, etnias, orientaciones sexuales, edades, nacionalidades, niveles educativos... está plenamente reconocida, se ha progresado muy poco en relación al diálogo con los hombres (y no tanto como cabe suponer en la confluencia entre nosotras).

Lo que más me preocupa como académica en relación al proyecto separatista feminista es no sólo que distorsiona la historia de géneros narrativos concretos sino que también obstaculiza la posibilidad de construir puentes para llenar vacíos conceptuales en los Estudios de Género.

Dentro del campo de la ciencia ficción, Timmi L. Duchamp expresó una preocupación similar hace más de una década. En su opinión, «tanto los críticos masculinos de cf, como las críticas femeninas, han ido creando—si bien por distintas razones—lo que podríamos llamar una ginohistoria de la cf» (2002). El

closed narratives, not knowing how to build affinities, knowing instead how to build oppositions. But 'our' writing is full of hope that we will learn how to structure affinities instead of identities».

problema es que esta ginohistoria se presenta o bien como un apéndice (o adjunto) a la historia convencional de la ciencia ficción masculina, o bien aislada en la crítica feminista. Como autora ella misma de este género, Duchamp se queja de que:

pese a que me puedo sentir marginada de las corrientes principales dominadas por los hombres, en última instancia soy consciente de que escribo dentro de un contexto de género narrativo, sin el cual mi trabajo tendría un sentido limitado y, seguramente, no sería leído o ni siquiera publicado. Y aunque la crítica académica pueda suponer que la cf feminista no mantiene una relación significativa con el género (dominado por los hombres) como totalidad, el hecho es que la cf feminista ha sido y sigue siendo dependiente, y está sujeta a las contingencias de este género. (2000)⁷

Lógicamente, se podría dar también la situación inversa si algún día alcanzamos ese futuro utópico en el que la ciencia ficción escrita por hombres también será juzgada en relación a la totalidad del género y no sólo en relación a sí misma. Parece que es esa la dirección en la que avanzamos.

Lo que más me preocupa como académica en relación al proyecto separatista feminista es no sólo que distorsiona la historia de géneros narrativos concretos sino que también obstaculiza la posibilidad de construir puen-

⁷ «both malestream sf critics and feminist critics have been steadily creating —albeit for probably different reasons— what might be called a gynohistory for sf»; «although I may feel marginalized by the malestream, I am always, finally, aware of writing within the context of the genre, without which my work would make limited sense and, indeed, would probably not be read or even published. Although academic critics may presume that feminist sf enjoys no significant relationship to the (malestream) genre as a whole, the fact remains that feminist sf has been and continues to be genre-contingent and dependent» (2000).



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

tes para llenar vacíos conceptuales en los Estudios de Género. En 2011 escribí un pequeño volumen, *Desafíos a la heterosexualidad obligatoria*, para el cual tuve que leer otros libros sobre el tema (en lengua inglesa), escritos por académicas feministas, lectura que me dejó agotada, irritada y desilusionada. Si el proverbial antropólogo marciano leyera mi bibliografía, llegaría a la conclusión inevitable de que no hay ni afecto ni amor entre hombres y mujeres, y que la conexión sexual está siempre dominada por políticas patriarcales de poder y sumisión, sea quien sea la pareja escogida. Esta situación no describe mi experiencia de convivir con los hombres de mi entorno (quizás en parte...). Por otra parte, conociendo bien la principal bibliografía en el campo de los Estudios de las Masculinidades (cf. Martín 2007), no me queda duda sobre su frecuente velada misoginia, que en algunos casos apenas cubre una corrección política limitada. Observa Leo Braudy lo siguiente:

El argumento feminista de que en el pasado los hombres no escribían sobre mujeres reales sino sobre la idea masculina de la mujer es ciertamente persuasivo, hasta allí donde alcanza. Quedarse en este punto, no obstante, consagra una noción muy poco sólida del poder de un sexo sobre el otro, que deja de lado las diferencias históricamente significativas entre las imágenes masculinas de la mujer como objeto pasivo de deseo—como público receptivo a la performatividad sexual masculina—pero también como juez exigente de la misma. (2005: 184)⁸

⁸ «The feminist argument that men in the past were not writing about real women but about a male idea of women is certainly persuasive, as far as it goes. But to stop there enshrines a very vague notion of the power of one sex over the other that neglects significant historical differences between male images of women as passive objects of desire, as receptive audiences for male sexual performance, but also as exacting judges of it».

Si el proverbial antropólogo marciano leyera mi bibliografía, llegaría a la conclusión inevitable de que no hay ni afecto ni amor entre hombres y mujeres, y que la conexión sexual está siempre dominada por políticas patriarcales de poder y sumisión, sea quien sea la pareja escogida.

Acepto el argumento de que las mujeres somos «jueces exigentes» de *toda* la performatividad masculina, y no sólo de la sexual, en especial las feministas. Lo que Braudy no dice, sin embargo, es que a) el poder de juzgar es mutuo y lo ejerce el hombre sobre la mujer de manera mucho más determinante; b) la misoginia no decrece, justamente porque el hombre responde a todo juicio negativo con hostilidad hacia quien lo emite, llegando a grados de violencia letales. No estoy diciendo que deberíamos rebajar nuestras exigencias y ser más amables con los patriarcas, quienes se caracterizan justamente por no escucharnos. Lo que subrayo es que como mujer que cree en el feminismo, pero rechaza la androfobia, me siento atrapada entre la Escila del feminismo radical y la Caribdis de la corrección política masculina, que a menudo se asume solo a regañadientes y que es peor cuanto más declara su feminismo.

Dado que no soy una activista que pertenezca a una grupo o asociación feminista, se



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

podría objetar que simplemente mi entrega al feminismo no es lo bastante sincera. Quizás, aunque considero que mi actividad académica es una forma honesta y entregada de activismo feminista (Martín 2014). No tengo duda alguna, en todo caso, de mi oposición frontal y sin paliativos al patriarcado, ni de mi deseo de apoyar la construcción de una sociedad alternativa, basada en la colaboración en lugar de la jerarquía. Esa es mi utopía: una organización social en la que las personas tengan la oportunidad de desarrollar sus posibilidades individuales y de vivir libremente sus identidades, contribuyendo a ayudar a los demás y sin opresión basada en la lucha por el poder. El problema, tal como otras personas han visto antes que yo, es que la palabra «feminismo» connota no tanto el deseo de acabar con el patriarcado sino el de instaurar un matriarcado (se supone que benévolo). Esta es una opción que no puedo ni debo apoyar. Cuando alabé a un amigo que ha escrito un estupendo libro sobre mujeres llamándolo «feminista», él me respondió que se considera «humanista»⁹. El inconveniente, pienso, es que «humanista» tiene otras connotaciones; quizás la palabra que necesitamos es o bien sencillamente «antipatriarcal» o, aunque suena extraña, «igualista».

De momento, y mientras no aparece una etiqueta mejor, uso cada vez más el adjetivo «antipatriarcal» para definir mi postura y mi utopía, aunque no me guste en exceso utilizar una palabra que se refiere a desmantelar algo en lugar de a construir una alternativa. «Antipatriarcal» es, además, un concepto más ambiguo de lo que podría parecer. Para empezar, cito de nuevo a Marleen Barr, quien ya había usado este término a principios de los 90, de modo bastante distinto:

La fabulación antipatriarcal de los prota-

⁹ Se trata del volumen de Antonio Ballesteros, *Escrito por brujas: Lo sobrenatural en la vida y la literatura de grandes mujeres del siglo XIX* (2005).

gonistas masculinos funciona de un modo que es claramente, y radicalmente, discontinuo en relación a los patrones de conducta masculina que sanciona el patriarcado: los líderes masculinos cooperan en lugar de tratar de dominar al otro; los ejecutivos abrazan sus roles como si fueran padres; los capitanes de naves espaciales son paternales en lugar de combativos. En otras palabras, los hombres que detentan el poder patriarcal se enfrentan a la tradicional definición de hombría desviándose de la misma. No obstante, la fabulación antipatriarcal, que implica a hombres que cuestionan los sistemas de poder masculinos estando posicionados dentro de ellos, no es feminista (...). Propongo como alternativa un modelo cooperativo de cambio en los que los ejemplos de cultura popular americana centrada en los hombres (las obras que llamo fabulación antipatriarcal) puedan complementar los esfuerzos de la ciencia ficción feminista sin quedarse perdidos en el espacio. (1993: 111)¹⁰

Mi aproximación al término es muy distinta: según lo veo, lo que Barr describe no es antipatriarcal, sino intrapatriarcal. Sí estoy de acuerdo con que «feminista» no es lo mismo que «antipatriarcal», pero en mi opinión son ramas de la misma alianza (o deberían serlo): una se ocupa específicamente de las mujeres, la otra acoge a los hombres que

¹⁰ «Antipatriarchal fabulation's male protagonists behave in a manner that is clearly and radically discontinuous from male behaviour patterns patriarchy sanctions: male leaders cooperate with rather than try to dominate each other; business executives embrace their roles as fathers; starship captains are paternal rather than combative. In other words, men who wield patriarchal power confront the usual definition of manhood by deviating from it. However, antipatriarchal fabulation, which involves men who question male systems while positioned within male systems, is not feminist. (...) I posit a cooperative model for change in which examples of male-centered American popular culture (the works I call antipatriarchal fabulation) can supplement the efforts of feminist science fiction to be no longer lost in space».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

desean liberarse del patriarcado, en lugar de perpetuarlo. El problema no es tan sólo que hoy en día estos dos frentes de batalla están separados, sino que muy pocos hombres son conscientes de la necesidad de guerrear contra el patriarcado. En mi utopía sí lo son.

Solía devorar de niña estas novelitas [bolsilibros], antes de convertirme en lectora más sofisticada; una vez superado el prejuicio, contagiado por la universidad, de que solo debería leer alta literatura, volví a la ciencia ficción con pasión al tiempo que (re)descubría el terror gótico, ya como estudiante de Doctorado.

Dejo de lado por el momento a los hombres antipatriarcales para centrarme en el problema de mi propio feminismo, problema que, según sumo, muchas otras feministas comparten. En este sentido el volumen de Joanne Hollows *Feminism, Femininity, and Popular Culture* (2000) ha resultado ser de gran ayuda, ya que ella explica con gran claridad las dificultades que afectan la comunicación entre el feminismo académico y los Estudios Culturales (que también práctico). Según Hollows, «pese a que la idea de clase ha sido cen-

tral en los Estudios Culturales en general, el modo en que las diferencias de clase y de género interseccionan se ha marginado dentro de los Estudios Culturales feministas» (2000: 34)¹¹. Esta marginalidad ha dado como resultado una división entre identidades feministas «positivas», implícitamente de clase media, y «negativas», implícitamente de clase obrera (2000: 35) y asociadas al consumo de textos populares. Hollows nombra como problemas principales la cooptación y el reclutismo de la crítica feminista de estos textos populares, con las feministas atribuyéndose, sin más, cualquier cambio positivo a su intervención en lo popular desde arriba. Hollows se muestra muy crítica con el feminismo al afirmar que

Si el feminismo parte de un modelo en el que, por una parte, dice «hablar» por las mujeres pero, por la otra, se basa en rechazar a esas mismas mujeres como inferiores a las feministas, se hace entonces necesario pensar con mucho cuidado en las relaciones de poder que sostienen la legitimidad feminista. (2000: 203)¹²

Lo más llamativo de su libro es que, pese a analizar en profundidad la experiencia de ser «la otra mujer» del discurso feminista, Hollows limita esta posición a quienes consumen textos «femeninos», tales como la novela romántica. La autora ignora por completo, entre otros géneros, la ciencia ficción, omisión que dice mucho sobre el poco impacto que la crítica académica feminista en torno a este género tiene en los Estudios Culturales. Por

¹¹ «despite the way in which class has been central in cultural studies as a whole, the ways in which gender and class differences intersect has been marginalised within feminist cultural studies».

¹² «If feminism is predicated on a model where, on the one hand, it claims to 'speak' for women, but, on the other hand, is based on a refusal of these women as inferior to the feminist, then it is necessary to think very carefully about the power relations which sustain feminism's legitimacy».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

otra parte, Hollows me revela indirectamente cuál puede ser la raíz de mis problemas: soy una feminista que ha consumido (y consume) cantidades ingentes de ficción popular escrita por *hombres*.

Mi madre, un ama de casa, es una lectora voraz de nivel medio-alto, sin interés alguno en las novelas románticas. De ella aprendí a leer un poco de todo. Mi padre, un oficial de imprenta retirado, solía consumir numerosos bolsilibros (novelas de quiosco) de géneros tales como el *western*, el *thriller* y la ciencia ficción, escritos por autores españoles que se hacían pasar por angloamericanos usando pseudónimos. Solía devorar de niña estas novelitas, antes de convertirme en lectora más sofisticada; una vez superado el prejuicio, contagiado por la universidad, de que solo debería leer alta literatura, volví a la ciencia ficción con pasión al tiempo que (re)descubría el terror gótico, ya como estudiante de Doctorado. En cambio, Justine Larbalestier, quien pasó su infancia en un planeta distinto al mío, nos cuenta que:

La cf que leí al tiempo que crecía estaba escrita casi exclusivamente por mujeres y tenía con frecuencia protagonistas femeninas fuertes. Había oído hablar de Isaac Asimov y de Robert Heinlein, pero nunca los leí. No tenía ni idea de que la ciencia ficción se consideraba en general un «género de chicos». (2002: XI)¹³

Por mi parte, yo no tenía ni idea de que disfrutar de las ficciones populares escritas por hombres no está bien visto en círculos feministas, hasta que me di cuenta de que a las académicas feministas no les gustaba en exceso mi inclinación a escribir sobre ficción masculina (mi primer trabajo presentado en

público fue en análisis de Clarice Starling como heroína positiva en la novela de Thomas Harris *El silencio de los corderos*). Hoy muchas me siguen preguntando por qué escribo sobre hombres, y si no se ha escrito ya bastante sobre ellos (obviamente no desde un punto de vista antipatriarcal feminista). En suma, el feminismo académico de clase media que adquirí junto a mi educación universitaria no ha conseguido quitarme el hábito de disfrutar de las ficciones populares masculinas. Me doy cuenta de que, al preferir la ciencia ficción masculina muy por encima de la novela romántica femenina (que ni toco), soy la «otra mujer» tanto del feminismo como de la feminidad. La «otra otra». Seguro que somos miles en esta compleja categoría.

Otra señal de esta doble otredad es que no leo ciencia ficción radical feminista, excepto por razones académicas, ya que me molesta su separatismo y su androfobia. Me refiero en especial a la cf feminista clásica de los 60 a los 80, con autoras como Joanna Russ. Comprendo perfectamente que desde que Charlotte Perkins Gilman publicara *Herland* (1915)—e incluso antes si tengo en cuenta *Mizora* (1880-1) de Mary E. Bradley Lane—ha sido muy tentador construir utopías femeninas de ficción como solución al problema del patriarcado. Mi objeción es que los matriarcados que crearon Gilman y sus sucesoras feministas de los 60 y 70 (Russ, Sargent, etc.) son incapaces de separar masculinidad de patriarcado. Por esta razón, en bastantes de estas obras los hombres son eliminados, sin que el androcidio levante el recelo que un genocidio similar levantaría en una obra masculina. Nestvold y Lake reconocen que:

Obviamente, hay un conjunto de obras agresivas antimasculinas en la ficción especulativa de la escuela feminista que son tan difíciles de leer para los hombres como mucha de la cf de la «Edad de Oro» lo es para las mujeres (...).

Sin embargo, del mismo modo que una

¹³ «The sf I had read while growing up was almost entirely written by women and often had strong female protagonists. I had heard of Isaac Asimov and Robert Heinlein, but I had never read them. I had no idea that science fiction was generally considered to be a 'boy's own' genre».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

mujer puede rechazar los mundos en los que los hombres aparecen retratados como universalmente malignos, un hombre también puede rechazar los mundos en los que las mujeres son principalmente objetos sexuales sin cerebro, o máquinas domésticas, o ambas cosas. Una de los logros de la ciencia ficción feminista en relación a todos los lectores es que nos ha señalado estos prejuicios y nos ha formado para ser lectores más críticos. (2006)¹⁴

Me asaltan varias dudas: la primera, de qué modo exacto ha cambiado la crítica feminista los hábitos de lectores y autores masculinos: no lo sabemos con exactitud. La segunda sí, con toda claridad y honestidad, las lectoras rechazan esos mundos llenos de hombres malvados. Me temo que no, ya que, como he comentado, muchas feministas confunden masculinidad con patriarcado, asumiendo que *todos* los hombres son problemáticos. Dado que yo no lo veo así, la ciencia ficción andrófoba me horripila con la misma intensidad que la misógina, imágenes especulares ambas. En el mundo patriarcal real, las mujeres permanecen subordinadas y muchas viven en permanente zozobra, pero nadie ha sugerido un programa de genocidio sistemático. Sin embargo, mucha ciencia ficción utópica feminista sí ha soñado con un mundo sin hombres. Sería como si los judíos de los años 30 y 40 hubieran fantaseado con un mundo libre de todos los alemanes, en lugar de todos los nazis, para acabar con su persecución.

¹⁴ «Of course, there are a number of aggressively anti-male works of speculative fiction in the feminist school which are just as difficult for men to read as much of the "Golden Age" science fiction is for women (...).

But just as a woman reading can reject worlds in which men are portrayed as universally evil, a man reading can also reject worlds in which women are largely empty-headed sex objects, or household conveniences, or both. One of the things feminist SF has done for all of us is to show these preconceptions and train us to be more critical readers.»

Con todo—y se verá que la objeción es colosal—cualquier feminista que lea trabajos académicos sobre género escrito por hombres se sentirá decepcionada (sí, somos jueces implacables en perpetua actividad). En uno de los volúmenes más importantes hasta la fecha en torno al género escrito por un hombre, *Decoding Gender in Science Fiction* (2002), Brian Attebery apenas hace uso de la crítica académica feminista. El autor parece atezado por la preocupación de que, en caso contrario, su libro pudiera leerse como un panfleto feminista y por ello dice moverse en el territorio neutro (según él) de los Estudios de Género, aunque estos son necesariamente profeministas.

En el mundo patriarcal real, las mujeres permanecen subordinadas y muchas viven en permanente zozobra, pero nadie ha sugerido un programa de genocidio sistemático.

Su capítulo 6 «Mujeres solas, hombres solos» (106-128) se basa en esta supuesta neutralidad y así pues, Attebery observa, por ejemplo que «Algunas de las ideas más misóginas de la CF pueden haber abierto el camino a algunos de los textos feministas más influyentes» (2000: 13)¹⁵. El autor parece sugerir con estas palabras que la misoginia tiene un lado positivo, al haber generado una reacción feminista. Es difícil imaginar a una

¹⁵ «Some of SF's most misogynistic concepts may have opened the way for some [sic] its most influential feminist texts».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

feminista apoyando semejante afirmación (aunque las hay, como se verá). Por otra parte, Attebery se guarda mucho de criticar la ciencia ficción andrófoba feminista, subrayando en cambio que mientras las Herlanders de Gilman son mujeres muy uniformes, hay una mucho mayor variedad de roles femeninos en la obra maestra de Nichola Griffith *Ammonite* (1993)—novela en la que si bien es cierto que se critica el ideal matriarcal, se parte del exterminio total de los hombres en el planeta donde suceden los hechos. Attebery, en cambio, señala, sin nombrar títulos, que «en las utopías separatistas tempranas, se había asumido que hombres y mujeres se diferenciarían en extremo en mutuo aislamiento, mientras que versiones más recientes los muestran convergiendo» (2002: 124)¹⁶. En cuanto a los autores masculinos, Attebery se limita a ensalzar a aquellos influidos por el feminismo, que parecen limitarse a tres—Geoff Ryman, John Varley, y Samuel R. Delany—de los cuales solo Varley es heterosexual.

Cuando autoras feministas tales como Joanna Russ o Suzy McKee Charnas empezaron a debatir las cuestiones de clase, género y sexualidad, el «cómodo mundo masculino se volvió problemático».

¹⁶ «In earlier separatist utopias, the assumption had been that men and women would differ most sharply in isolation from one another, while more recent versions show them converging.»

Precisamente, en este texto de Attebery y en muchos otros estudios sobre la masculinidad, se aprecia que la heterosexualidad es el factor que complica la ciencia ficción utópica masculina (lo mismo sucede en la feminista pero en menor grado dada la lesbofobia moderada de las mujeres). Mostrando tal vez una secreta nostalgia, Attebery menciona que, «antes de los años 70 las sociedades exclusivamente masculinas en la ficción no eran en absoluto distópicas, sino escenarios de convivialidad y cooperación» (2002: 115)¹⁷. Cuando autoras feministas tales como Joanna Russ o Suzy McKee Charnas empezaron a debatir las cuestiones de clase, género y sexualidad, el «cómodo mundo masculino se volvió problemático» (115)¹⁸. La paulatina entrada de la corrección política en la ciencia ficción acabó creando un extraño vacío: «Si se traza un mapa de las utopías más recientes, por tema y autor, se aprecia que hay eutopías feministas escritas por mujeres, distopías feministas escritas por hombres, distopías masculinistas escritas por mujeres, y un gran hueco allí donde debería haber eutopías masculinistas escritas por hombres» (124)¹⁹. Attebery da cuatro razones para tal ausencia: en primer lugar, los hombres patriarcales no requieren de eutopías porque ya disfrutaban de poder y de las prerrogativas que lo acompañan; en segundo lugar, los hombres no tienen una formación feminista tan intensa como para cuestionar sus ideas sobre género; en tercer lugar, una eutopía masculinista debería tener en cuenta cuestiones domésticas y de reproducción (y al parecer los hombres se resisten); finalmente, «el formato contemporáneo para la eutopía

¹⁷ «fictional all-male societies before the 1970s were not usually dystopian at all, but scenes of conviviality and cooperation».

¹⁸ «the cozy male world became problematic».

¹⁹ «If you map out recent utopias by subject and writer, you find feminist eutopias by women, feminist dystopias by men, masculinist dystopias by women, and a great gap where you might expect masculinist eutopias by men».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

masculina debería pensar en posibles vínculos sexuales entre hombres» (125)²⁰, al igual que hace la eutopía feminista. De nuevo sin nombrar ningún texto, Attebery explica que «la homosexualidad masculina en la utopía, si es que se reconoce en absoluto, se representa en términos de dominación y humillación» (125)²¹. Personalmente, no recibiría con los brazos abiertos una eutopía gay²² que fantaseara con el genocidio, pero queda claro que Attebery prefiere no mencionar lo obvio: no es la presión feminista, sino la homofobia patriarcal la que dificulta la presentación en ficción de cualquier eutopía masculina heterosexual. Attebery tampoco ve otro hueco: no hay eutopías feministas escritas por hombres o, usando mi vocabulario, eutopías antipatriarcales igualitarias de autoría masculina.

Antes de pasar a considerar si *Tiempos de gloria* de David Brin es la excepción a esta regla, finalizaré esta sección citando el concepto de *intaglio* que Attebery propone. Según argumenta, los valores negativos y positivos que se atribuyen a la ficción utópica pueden leerse de modo inverso según la época, lo que él llama el efecto *intaglio*. Se trata de «una ilusión óptica por la cual el ojo traduce lo cóncavo como convexo. Si se pone un camafeo convencional al lado de un *intaglio*, y bajo la misma iluminación, las luces y las sombras aparecen invertidas de un modo inquietante» (116)²³. A modo de ejemplo, pode-

mos pensar en la novela militarista de Robert A. Heinlein *Tropas del espacio* (1959), en la que el autor—nada sospechoso de feminismo—explica que las mujeres han resultado ser mejores pilotos espaciales que los hombres. Por esta razón, a ellas no se las emplea como tropas de asalto, decisión autoral que, por el efecto *intaglio*, tiene dos posibles lecturas en relación a Heinlein (no a la sociedad que retrata): a) se trata de una decisión misógina ya que solo en el campo de batalla se demuestra la auténtica masculinidad; b) se trata de una decisión feminista, ya que demuestra que los hombres son mera carne de cañón. A continuación, aplico el efecto *intaglio* no sólo a la novela de Brin, sino también a mi postura bifurcada como lectora feminista de ciencia ficción masculina.

Una lectura bifurcada: Cómo saborear y rechazar la propuesta de Brin

La notable novela *Tiempos de gloria* (1993, traducida al castellano en 1996) de David Brin es un *bildungsroman*, o relato iniciático, centrado en el despertar a la consciencia individual de Maia, una joven que vive en una sociedad matriarcal. Desde que tuve conocimiento de la figura de Clarice Starling en la novela, ya mencionada, de Thomas Harris *El silencio de los corderos* (1988, película 1991), he estado argumentando que la ficción popular escrita por hombres ofrece a menudo personajes femeninos heroicos cercanos al postfeminismo. Aunque me consta que la heroína fuerte imaginada por los hombres tiene numerosas detractoras feministas (y numerosos problemas de caracterización), me parece un modelo proactivo positivo para las mujeres, sobre todo en relación al de la mujer victi-

²⁰ «a contemporary blueprint for masculinist utopia has to consider possible sexual ties between males».

²¹ «male homosexuality in utopia, if acknowledged at all, is represented in terms of dominance and humiliation».

²² Cuando escribí este trabajo, en 2013, no había leído aún la novela de Lois McMaster Bujold *Ethan de Athos* (1986, traducción de 1998), en la que la autora describe una utopía masculinista homosexual con respeto pero también con el objetivo de acabar con su misoginia. Mucho más negativo es el retrato de la utopía gay presentado por A. Bertram Chandler en *Spartan Planet* (1969), cuya sociedad masculina homosexual, en principio bien llevada, acaba minada por la presencia femenina. Sobre las utopías gays, véase Martín Rodríguez (2016).

²³ «it is an optical illusion in which the eye translates

concave into convex. However, if you put a regular cameo next to an intaglio, under the same light, highlights and shadows will be eerily reversed».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

mizada que abunda en la ficción femenina y/o feminista. La Maia de Brin es otra de estas heroínas típicas de los años 90, y ha sido para mí un placer poder seguir como lectora sus muchas aventuras en el planeta Stratos, su hogar.

Lo que hace especialmente atractiva esta novela es que en su epílogo el propio Brin subraya su intención de ofrecerla como ejemplo de ciencia ficción feminista escrita por un hombre; también usa esta pieza para criticar a las feministas por su sexismo excesivo y por negar que un autor masculino pueda escribir con credibilidad sobre mujeres:

No creé la Colonia Stratos ni como utopía ni como distopía. (...) Mientras espero que mis descendientes vivan en un mundo mejor, pocas culturas lideradas por hombres en la Tierra han salido tan bien.

Dejando aparte este sentimiento, es peligroso estos días para un hombre escribir ni que sea tangencialmente sobre temas feministas. ¿Acaso ha atacado alguien el derecho de Margaret Atwood a extrapolar el machismo religioso en *El cuento de la doncella*? Al parecer se les da a las autoras crédito a la hora de penetrar en las almas de los hombres—un crédito que apenas fluye en la otra dirección. Se trata de una suposición sexista y ofensiva, que no ayuda a la mutua comprensión. (1993: 768)²⁴

²⁴ «I penned Stratos Colony as neither utopia nor dystopia. (...) While I hope my descendants live in a nicer place, few male-led cultures on Earth have done as well. That sentiment notwithstanding, it is dangerous these days for a male to write even glancingly on feminist themes. Did anyone attack Margaret Atwood's right to extrapolate religio-machismo in *The Handmaid's Tale*? Women writers appear vouchsafed insight into the souls of men—credit that seldom flows the other way. It is a sexist and offensive assumption, which does not advance understanding».

Lo que hace especialmente atractiva esta novela es que en su epílogo el propio Brin subraya su intención de ofrecerla como ejemplo de ciencia ficción feminista escrita por un hombre.

La rumorología indica que Brin escribió *Tiempos de gloria* a medida para ganar el Premio James Tiptree Jr., que se concede anualmente a la ciencia ficción que promueve nuevas visiones de género. Aunque no he encontrado esta entrevista en concreto, asegura el entrevistador Ruud van de Kruisweg que Brin se quejó en el curso de la misma de que se le arrebató el premio por razones políticas: «Tal como digo en mi epílogo, es un tópico sobre el que se les niega a los hombres la misma sabiduría o comprensión que tienen las autoras. Afortunadamente, sólo unos cuantos tontos han dicho esto de *Tiempos de gloria*... (aunque esos mismos tontos se aseguraron de que el libro no ganara el James Tiptree Jr. Award)» (1994: *online*)²⁵. No es seguro, por lo tanto, que Brin se tomara a mal la victoria ese

²⁵ La novela quedó entre las obras finalistas. Extrañamente, solo hay rastro de esta entrevista en la que el propio van de Kruisweg le hizo a Nichola Griffith, disponible en la página web de la autora. La cita: «As I say in my afterword, it is a topic in which men are often denied to have the same wisdom or insight as female authors. Fortunately, only a few silly people have said that about *Glory Season*... (although those few did make certain the book was not considered for the James Tiptree Award». La propia Griffith se incomoda cuando su entrevistador saca a Brin a colación y señala, tras declarar que no ha leído *Tiempos de gloria*, que lo importante no es si un autor es hombre o mujer, sino si su libro realmente logra ampliar el modo en que pensamos sobre el género.



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

año de, justamente, la ya mencionada *Ammonite* de Nichola Griffith. Ni parece que le importara perder el Hugo y el Nebula ante Kim Stanley Robinson, autor de una famosa trilogía sobre Marte—*Marte rojo* (1993, traducción 1996), *Marte verde* (1994, traducción 1997) y *Marte azul* (1996, traducción 1997)—que tiene abundantes méritos antipatriarcales.

Entrevistada también por de Kruisweg, Griffith reconoce que:

la visión actual según la cual las sociedades patriarcales son por naturaleza violentas, y las matriarcales sustentadoras del individuo, es errónea y totalmente basada en una fantasía. Hay evidencia de que los matriarcados primitivos fueron increíblemente brutales y sangrientos (¿de dónde supones que las posteriores culturas patriarcales sacaron la idea?). Brin tiene razón, en todo caso, cuando dice que no todos los matriarcados son necesariamente pastorales.²⁶

Este antipastoralismo sitúa a la novela de Brin sin duda alguna en el contexto de la distopía feminista de los años 90. Como comenta Jane Donawerth, mientras que en los 70 las utopías feministas solían ser tecnofóbicas y depositar su confianza en el papel de los grupos familiares liderados por matriarcas, a finales de los 80 se empezó a criticar este modelo, mostrando las nuevas autoras una mayor preferencia por los roles de género basados en la igualdad de derechos. No obstante, añade Donawerth, «[p]ese a algunas mejoras, estas distopías proclaman que las condiciones para las mujeres siguen siendo insostenibles» (2000: 62)²⁷. Los dos ejemplos clásicos que Donawerth

menciona, *The Shore of Women* (1986), de Pamela Sargent, y *La puerta al país de las mujeres* (1988, traducción 1994), de Sheri Tepper, cubren un territorio no muy distinto al de *Tiempos de gloria*, apoyando el establecimiento de algún tipo de diálogo entre los géneros y la limitación del uso de las tecnologías. Para hacerse una idea exacta de contra qué tipo de novela protestaban tanto Brin como las distopías feministas, podemos considerar la trama del clásico utópico de Sally Miller Gearhart, *The Wanderground* (1978). Según el resumen en la página web de la autora, las telépatas de esta utopía rural «se reproducen mediante fusión ovular²⁸, aprenden a volar a una edad temprana, disfrutan de relaciones mágicas con plantas y animales, y luchan por vivir siguiendo los valores no competitivos y las sensibilidades que como ellas saben son característica única de su sexo». En cambio, «[l]a Revuelta de la Madre garantiza que las erecciones sexuales masculinas, así como el funcionamiento de todos los ingenios mecánicos y electrónicos, hayan quedado confinados a las densamente pobladas áreas urbanas»²⁹. En suma, esencialismo y separatismo rampante, y optimismo ciego en relación al matriarcado.

²⁸ La novela de Brin se enmarca en un paradigma científico distinto sobre todo en relación al concepto de clonación. Mientras en los 70 la ficción feminista de la «fusión ovular» sólo era una fantasía, en 1993, cuando Brin publicó *Tiempos de gloria*, Michael Crichton ya había publicado *Parque Jurásico* (1990, traducción 1992) y Steven Spielberg estrenaba su famosa adaptación (también de 1993). Para esa fecha también un grupo de científicos de la George Washington University «consiguieron generar de manera artificial la primera división embrionaria gemelar usando material humano» (Nerlich, Clarke y Dingwall, 2001). La famosa oveja Dollie fue clonada en Escocia en 1996.

²⁹ «reproduce by ovular merging, learn to fly at an early age, enjoy magical relationships with plants and animals, and struggle to live by the non-competitive values and sensibilities that they understand to be unique to their sex.(...) The Revolt Of The Mother has insured that men's sexual erections, like the operation of all mechanical and electronic devices, are confined to densely populated metropolitan areas».

²⁶ «the current thinking that patriarchal societies are inherently violent, and matriarchies nurturing, is erroneous and based entirely on wishful thinking. There is evidence that early matriarchies were astonishingly brutal and bloody. (Where do you suppose the later patriarchal cultures got the example?) Brin is right, though, when he says not all matriarchies need be pastoral».

²⁷ «Despite some gains, these dystopias proclaim, untenable conditions remain for women».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

El sexo entre mujeres simplemente no sucede. El modelo de reproducción matriarcal tiende a inspirarse en el de los insectos, con la partenogénesis (la generación de una hembra a partir de otra hembra) apareciendo con frecuencia.

En relación al análisis académico feminista las cosas cambian pero no cambian en los años 90 e inicios del siglo XXI. El título del libro de Justine Larbalestier, *The Battle of the Sexes in Science Fiction* (2002), alude al artículo epónimo de Joanna Russ, publicado en 1980. Tras analizar nueve obras prefeministas escritas por hombres que presentan un matriarcado distópico, Russ concluye que «[l]a ignorancia masculina que tales ficciones demuestran es aterradora; los deseos masculinos allí expresados conducen a poco menos que la aniquilación del alma» (57)³⁰. Larbalestier, menos intransigente, explica que «[e]l proceso de imaginar un mundo en el que las mujeres son el sexo dominante inmediatamente revela muchos de los procesos que normalmente funcionan para subordinar a las mujeres; los hace *visibles*» (2002: 8, cursiva original)³¹. Para mi sorpresa, Larbalestier

le da la razón a Attebery al atribuir a la ciencia ficción misógina masculina la inspiración para una contrarreacción feminista positiva.

Larbalestier critica a continuación el hecho de que en la clásica historia de ciencia ficción centrada en la batalla-de-los-sexos, el amor heterosexual hace que la heroína apoye al héroe antimatriarcal, quien despierta así su auténtica subjetividad femenina (11). El sexo entre mujeres simplemente no sucede. El modelo de reproducción matriarcal tiende a inspirarse en el de los insectos, con la partenogénesis (la generación de una hembra a partir de otra hembra) apareciendo con frecuencia (43). En vista de estas palabras sentí un embarazoso sofoco al leer en el epílogo de Brin que:

Este libro empezó con la contemplación de unos lagartos. En concreto, diversas especies del suroeste americano que se reproducen usando partenogénesis—las madres dan a luz hijas clónicas. (...)

A partir de ahí, descubrí los áfidos, pequeños insectos con la suerte de tener dos modelos de reproducción. (1994: 765)³²

Reconozco, no hay otro remedio, que la novela de Brin da a veces un poco de vergüenza ajena por su misoginia (de la que el autor claramente no es consciente). Aún así, deseo defenderla como un buen intento de producir algo distinto, y como compendio de las dificultades que tienen los autores masculinos entre finales del siglo XX y principios del XXI tanto para satisfacer los requerimientos feministas como para escribir ciencia ficción postpatriarcal.

El resumen de la trama nos puede ayudar a comprender mejor esas dificultades. El hogar de Maia, el planeta Stratos, fue escogido tres mil años antes por la profesora de Filoso-

³⁰ «The male ignorance betrayed by such fictions is appalling; the male wishes embodied in them are little short of soul-killing».

³¹ «The process of imagining a world in which women are the dominant sex immediately exposes many of the processes that normally operate to keep women subordinate; it renders these processes of power *visible*».

³² «This book began with a contemplation of lizards. Specifically, several species from the American Southwest that reproduce parthenogenetically—mothers giving birth to daughter clones. (...) From there, I discovered aphids, tiny insects blessed with two modes of reproduction».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

fia Lysos para fundar un matriarcado basado en la ingeniería genética; harta, Lysos abandonó el patriarcado de la Tierra junto a una alianza de mujeres separatistas para colonizar su nuevo hogar (Brin olvida que, si no había hombres en este grupo pionero, puede haberlos en Stratos en generaciones posteriores). Sabiendo de otro proyecto similar, Herlandia, que fracasó debido a que las hombres creados por las ingenieras genéticas fueron sobreprotegidos y se mostraron incapaces de engendrar hijos e hijas fuertes—me limito a resumir la trama—Lysos decide, en sus propias palabras, que «[s]i vamos a incluir hombres en nuestro nuevo mundo, hagamos las cosas de modo que interfieran lo menos posible» (116)³³. La matriarca opta, así pues, por combinar la partenogénesis—el 80 % de la población son mujeres clonadas de sus madres—con la reproducción heterosexual. El grupo de población nacido de esta segunda opción, los *varlings* entre los que se encuentra Maia y su gemela Leie, incluye hombres.

Lysos también reorganiza la sexualidad de modo que, con el inicio de las auroras estivales, los hombres entran en celo para así producir *varlings* de ambos sexos con mujeres que se muestran cooperadoras, pero indiferentes. Otro fenómeno, en este caso invernal, la escarcha de la gloria (del cual toma el título la novela) despierta el deseo femenino a través del sentido del olfato, preparando así a las mujeres para engendrar a sus hijas clónicas; los hombres devuelven el favor proporcionando esperma. De nuevo Brin se contradice: si las hijas son clónicas, basta el material genético femenino—el autor, sin embargo, supone que el esperma es imprescindible para la nutrición de la placenta. Vergüenza ajena, como dije. Maia explica que el deseo sexual de tanto en tanto se sincroniza, si no

nadie nacería. No obstante, ella opina que «[h]ombre y mujer son opuestos. Quizás lo más que podemos esperar es un compromiso» (401)³⁴. A diferencia de lo que es habitual en la ficción sobre la batalla-de-los-sexos, las mujeres sí tienen relaciones entre ellas, que van desde «una pasión similar a la del celo hasta las ansias más castas de estar junto a la elegida» (261)³⁵. Una vez más, me sentí exasperada como feminista al leer que «[l]a parte física de la vida doméstica, entre dos miembros de la especie femenina, se presentaba como algo amable y solícito, para nada como el *sexo*» (261, cursivas originales)³⁶. El sexo gay entre hombres ni se menciona. Stratos, por cierto, sí que cuida de las necesidades heterosexuales ofreciendo a hombres y mujeres Casas de la Alegría («Houses of Joy», para quienes sientan la llamada en invierno) y Casas de Alivio («Houses of Ease», para sexo en cualquier otro momento).

Toda la población de Stratos es fruto de la ingeniería genética, es decir, todos sus habitantes son posthumanos. Su manipulación ha permitido eliminar la violencia patriarcal, que se supone congénita. La organización social consiste en clanes femeninos, cada uno con su especialización profesional y territorio propio en el interior continental; los hombres se dedican básicamente a la navegación en el enorme océano. En esta sociedad separatista, ellos son ciudadanos de segunda clase, con derecho a voto, aunque apenas lo ejercen. Aparte de la etapa de celo, los hombres conviven con las mujeres que trabajan en los barcos de su cofradía; una vez dejan de sentir deseo sexual al llegarles la vejez, pueden asociarse con alguno de los clanes femeninos y, por supuesto, durante su

³³ «If we must include men in our new world, let us design things so that they will get in the way as little as possible». La numeración de las páginas corresponde a la edición en inglés, de la que traduzco las citas.

³⁴ «Man and woman are opposites. Maybe all we can hope for is compromise».

³⁵ «almost rutlike passion all the way to the most utterly chaste yearnings just to be near your chosen one».

³⁶ «The physical side of hearthness, between two members of the female species, was pictured as gentle, solicitous, hardly like *sex* at all».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

niñez están en las manos exclusivas de las mujeres. Las mujeres, en su mayoría clones, tienden a ser no obstante individuos con sus objetivos vitales propios; las *varlings* como Maia, que tienen que buscarse la vida al margen de los clanes, aspiran a fundar el suyo propio. La amistad y el compañerismo entre personas de distintos género no son habituales, pese a lo cual dos chicos, personajes secundarios, tienen un papel importante en las aventuras de Maia.

La civilización de Stratos usa una tecnología bastante limitada para la movilidad y las comunicaciones. Es, sin embargo, profundamente anticientífica hasta el punto de que ha olvidado los conocimientos relativos a los viajes espaciales y ha perdido, por lo tanto, el contacto con el «*Phylum* Homínido» que mantiene unidas a las antiguas civilizaciones de la Tierra dispersas en otros planetas. No sorprende, así pues, que la estabilidad de Stratos se resienta con la llegada de Renna, un humanoide masculino y agente del «*Phylum* Peripatético». A nivel interno, el régimen patriarcal del planeta se enfrenta a dos herejías: la de las andrófobas Perkinitas, que pretenden convertir a los hombres en meros animales de granja utilizados para la reproducción (y de paso eliminar a los *varlings*); y las Radicales, que desean establecer un mejor equilibrio entre hombres y mujeres, pero en modo alguno la igualdad (quizás en un futuro).

Básicamente, Brin narra la historia de cómo Maia descubre dos conspiraciones secretas: los Perkinitas intentan interrumpir el ciclo sexual masculino con una droga, ya que su interrupción les daría la excusa para un androcidio; por su parte, el aparentemente benévolo matriarcado del Gobierno oculta algo. Al parecer, Stratos se enfrentó mucho tiempo atrás a una seria amenaza alienígena por parte de un formidable «Enemigo», del que Brin da pocos detalles. Los Guardianes del planeta (hombres y mujeres) tuvieron que emplearse a fondo para derrotarlo, usando

todo tipo de tecnociencia militarista. Los hombres, con el apoyo de muchas mujeres, se rebelaron contra el rechazo matriarcal de toda ciencia y tecnología, fundamentado en su lado militarista. Esta rebelión masculina, pronto etiquetada como patriarcal, fue sofocada e incluso borrada de los libros de Historia. Maia queda profundamente desilusionada al descubrir el fraude y jura convertirse en la primera mujer libre e, implícitamente, la primera habitante de Stratos en abandonar el planeta y su primera mujer postmatriarcal.

El equilibrio estático entre las mujeres dominantes y los hombres dependientes parece funcionar bien entre el colectivo masculino: al menos ningún hombre se muestra crítico o infeliz.

Como se puede observar, la novela de Brin exhala por todos sus poros una cándida ansiedad masculina sobre el tema de la reproducción. Curiosamente, las mujeres de Stratos han optado por construir hombres que son peludos y que emanan un fuerte olor, pero que son también muy masculinos; la joven virgen Maia se siente al tiempo asqueada y excitada por todos estos cuerpos tan sexis que la rodean, sobre todo al darse cuenta de su función reproductiva. Brin consigue retratar a los hombres como una «especie» genuinamente distinta, con individuos limitados como personas pero necesarios como machos, de un modo androfóbico que recuerda los peores excesos misóginos. El equilibrio estático entre las mujeres dominantes y los hombres dependientes parece funcionar bien entre el colecti-



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

vo masculino: al menos ningún hombre se muestra crítico o infeliz. Este papel sí recae sobre el forastero Renna, quien es usado como peón en el enfrentamiento entre las facciones de Stratos y acaba siendo secuestrado. Renna muere tratando de alcanzar su nave espacial cuando el viejo cohete en el que huye de Stratos explota en el aire.

Un punto a favor de Brin es que evita la trampa de la clásica historia de amor heterosexual. Como hombre, el atípico Renna tampoco es un personaje al uso. Maia entra en contacto con él cuando ambos son prisioneros de las Perkinitas y logran comunicarse usando código Morse a través de los gruesos muros que los separan; debido a su andrógino nombre, Maia asume que Renna es una mujer y se siente mortificada al comprobar que los sentimientos lésbicos que alberga son, de hecho, heterosexuales. Esto es lo que pone punto y final a la atracción naciente entre ambos (nunca clara del todo por parte de Renna). Despreciado por los otros hombres como cobarde inútil, objeto del deseo competitivo entre las mujeres, encantador, atractivo en un estilo singular, y muy inocente políticamente hablando, Renna está predestinado al sacrificio. Se podría decir que este Nuevo Hombre, en referencia al ideal profeminista de los 90, no tiene las condiciones para sobrevivir en el matriarcado implacable de Stratos, que ve en él una seria amenaza. Brin evita, como digo, el gastado cliché según el cual un hombre patriarcal rescata a la heroína del matriarcado para convencerla de asumir un orden prefeminista por amor, pero sí es cierto que Renna es quien despierta el sentido de la rebelión de Maia y quien transmite con su voz la propia ideología de género del autor. En palabras escritas por el propio Renna, «[e]l tiempo y la observación revelarán las grietas en este nirvana feminista, pero esto en sí mismo no es un juicio negativo. ¿Cuándo ha sido ninguna cultura humana perfecta? La perfección es

otro modo de nombrar la muerte» (354)³⁷. Renna es, en suma, y no Maia, el principal agente transmisor de las opiniones igualitarias y antipastorales de Brin y, como tal, una ambigua figura más antimatriarcal que feminista.

La novela de Brin es la que es y no puede ser reescrita. No tengo así pues otro recurso que hablar de mis propias reacciones esquizoides ante ella. Para empezar, quisiera aclarar que no creo que los hombres deban escribir ni ficción ni trabajo académico feminista, usando feminista en el sentido radical de hacer una defensa de los valores de la identidad femenina. Opino, más bien, que un hombre solo puede/debe asumir una postura feminista si asume también (o sobre todo) una postura antipatriarcal. He leído *Tiempos de gloria*, por lo tanto, en busca del subtexto antipatriarcal, interrogando a cada momento los giros de la trama y preguntándome hasta qué punto mi propio condicionamiento patriarcal contamina mi lectura (Renna, queda claro, me parece un personaje más atractivo que Maia).

La novela de Brin es la que es y no puede ser reescrita.

Brin dirige su novela a un lector al que se le pide que celebre el heroísmo individualista y que rechace todo tipo de ingeniería social, sea Huxleyana, estalinista o matriarcal. El autor confía en que simpatizaremos con la singular Maia más que con cualquiera de las facciones feministas enfrentadas en Stratos. Esta postura es sumamente problemática, ya que el feminismo es una acción colectiva que se beneficia de logros individuales, pero que

³⁷ «Time and observation will surely reveal cracks in this feminist nirvana, but that by itself is no indictment. When has any human culture been perfect? Perfection is another way of spelling death».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

no puede exaltar el individualismo. Una heroína, en suma, solo es realmente feminista si sus aventuras mejoran la vida del resto de las mujeres y no solo la suya propia, como sucede en *Tiempos de gloria*. Además, cuando Brin revela el secreto que guarda el matriarcado de Stratos, el autor atribuye primordialmente a los hombres los avances tecnocientíficos (que presenta como positivos) y a las mujeres, su represión en nombre del pastoralismo. Si el tema central de la novela fuera el enfrentamiento entre ciencia y pastoralismo, no habría razón alguna para presentar a la primera como construcción masculina, y al segundo como ideal femenino. La misoginia de Brin sala a la superficie, así pues, con la decisión de equiparar matriarcado feminista con retraso tecnocientífico, ofreciendo como alternativa una nueva tecnocracia para la cual (casualmente...) los hombres parecen mejor preparados.

Incluso teniendo en cuenta que los hombres y mujeres de Stratos no son humanos sino posthumanos genéticamente modificados, siguiendo códigos estrictamente feministas, Brin imagina una sexualidad reduccionista, masculinista hasta el ridículo e incluso fea. Muy enfadada, la autora de ciencia ficción Gwyneth Jones se quejó de que «[b]ien, las mujeres somos estúpidas y masoquistas, soy la primera en estar de acuerdo. Pero, vamos, ¿lo primero que hacen las valientes separatistas es reinventar la violación y la prostitución? ¡Totalmente improbable!» (1999: 153)³⁸. Jones incluso se pregunta si es que «alguien (Brin o sus editores) se imaginó que ganaría más dinero publicando ciencia ficción feminista si llevaba el nombre de un hombre sobre el título» (154)³⁹. Pese a que estoy dispuesta a defen-

der el realismo de las peleas internas entre sectas feministas, Brin abandona toda pretensión realista al construir sus mujeres como hombres de sexo femenino, sobre todo en las luchas entre mujeres piratas en las que los hombres se mantienen pasivos. Como Jones subraya:

Es fácil ridiculizar *Tiempos de gloria*. [No obstante] el ejercicio de estereotipado sexual que ofrece Brin no difiere apenas del que ofrece numerosa ciencia ficción supuestamente feminista, devotamente femenina, sobre nobles Mamás sustentadoras y Capullos inútiles que ni saben nada ni quieren aprender. (...) Sería divertido si Brin fuera consciente de lo que ha hecho (con toda sinceridad, ese no parece ser el caso). (154)⁴⁰

Brin dirige su novela a un lector al que se le pide que celebre el heroísmo individualista y que rechace todo tipo de ingeniería social, sea Huxleyana, estalinista o matriarcal.

«Consciente» es también una palabra clave para mi como lectora ya que, al fin y al cabo, he leído esta novela primero como lectora de a pie y luego como académica feminista: primero,

³⁸ «Well, women are fools and masochists, I'd be the first to agree. The first thing the boldly going separatists do is reinvent rape and prostitution? Nothing more unlikely!»

³⁹ «someone (Brin or his publishers) fancies that there are more megabucks to be made from feminist sf, if only you could get a man's name above the title».

⁴⁰ «It is easy to ridicule *Glory Season*. [Yet] Brin's exercise in sexual stereotyping hardly differs from plenty of supposedly feminist, devotedly womanly sf about noble nurturing Mommas and feckless Pricks who don't know better and can't learn. (...) What fun it would have been if Brin had been conscious of what he was doing (which in all fairness does not seem to be the case)».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

por diversión; más tarde, con el lápiz en la mano, buscando las «grietas» no tanto en el nirvana feminista sino en las credenciales antipatriarcales de Brin. No me importa confesar con toda candidez que en mi lectura «inconsciente» me enamoré de Renna, pasé un doloroso duelo por su pérdida, sentí la ira de Maia ante el engaño perpetrado por el matriarcado de Stratos, deseé acompañarla en su futura odisea como mujer esclarecida. En mi lectura «consciente» sí pude ver la insensatez de la trama, la misoginia antimatriarcal, la idealización extrema de Renna, el aislamiento de Maia entre todas las mujeres (incluso de su gemela Leie). Al discurso de género de Brin, en suma, le falta solidez suficiente para satisfacer a las feministas utópicas antipatriarcales (como yo). Con todo, me alegro de que haya intentado dar un paso hacia nosotras porque mi mitad esquizoide, la lectora de ficción popular escrita por hombres, sí ha disfrutado de la fábula.

Otra propuesta

Ya que no puedo dar mi pleno apoyo feminista a *Tiempos de gloria*, ensalzaré en cambio a su rival en los premios Hugo y Nebula: la novela ya mencionada de Kim Stanley Robinson, *Marte verde*. La definiré como utopía antipatriarcal accidental, ya que ni la novela ni la estupenda trilogía a la que pertenece fueron diseñadas pensando primordialmente en la identidad de género, sino en cómo reaccionaría la humanidad ante el reto de colonizar Marte. Dos emigrantes de primera generación, la científica rusa Maya y el psicólogo francés Michel, contemplan a los primeros nativos humanos de Marte mientras estos practican deporte. Sus cuerpos alargados (son muy altos por efecto de la baja gravedad marciana) son además andróginos y, aunque las diferencias entre géneros son aún perceptibles, Maya se pregunta «si estos jóvenes realmente piensan sobre el género de modo distinto. Ya que han acabado con el patriarcado,

debe haber necesariamente un nuevo equilibrio entre los sexos...» (1996: 612, elipsis original)⁴¹. Maya describe una situación en la cual los emigrantes a Marte que provienen de culturas aún patriarcales, pasan grandes dificultades para adaptarse al postpatriarcado marciano; incluso menciona asaltos contra las mujeres marcianas.

¿Por qué no hay patriarcado en Marte, se estará preguntando la lectora? Precisamente porque los pioneros que viajaron a Marte eran un equipo mixto de científicos, hombres y mujeres trabajando en total igualdad. Juntos, aunque no sin tensiones, logran implantar en Marte una utopía que es al mismo tiempo pastoral y tecnocientífica (al estar basada en la transformación intensiva del planeta). Es posible que *Marte verde* no cumpla al 100 % con los rígidos criterios feministas pero, aunque suene narcisista, sí satisface mi criterio postpatriarcal. La ensalzo pues como eutopía postpatriarcal, profeminista escrita por un hombre. Solo espero que otros lectores me muestren el camino que lleva a obras similares, incluso mejores. Y espero que no se imprescindible emigrar a Marte para construir la utopía postpatriarcal que tanto necesitamos aquí, en la Tierra.

Obras citadas

- Attebery, Brian (2002). *Decoding Gender in Science Fiction*. Londres: Routledge.
- Ballesteros, Antonio (2005). *Escrito por brujas: Lo sobrenatural en la vida y la literatura de grandes mujeres del siglo XIX*. Madrid: Oberón.
- Barr, Marleen S. (1993) «Antipatriarchal Fabulation: or, The Green Pencils Are Coming, the Green Pencils Are Coming». Marleen Barr (ed.), *Lost in Space: Probing*

⁴¹ «if these youngsters really think about [gender] differently. If they have ended patriarchy, then there must be necessarily a new social balance of the sexes...».



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

- Feminist Science Fiction and Beyond*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 108-39.
- _____. (2000). «Post-phallic Culture: Reality Now Resembles Utopian Feminist Science Fiction». Marleen S. Barr (ed.), *Future Females, The Next Generation: New Voices and Velocities in Feminist Science Fiction Criticism*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield, 67-84.
- _____. (ed.). (2000). *Future Females, The Next Generation: New Voices and Velocities in Feminist Science Fiction Criticism*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield.
- Braudy, Leo (2005). *From Chivalry to Terrorism: War and the Changing Nature of Masculinity*. Nueva York: Vintage Books.
- Brin, David (1993, 1994). *Glory Season*. Nueva York: Bantam. [*Tiempos de gloria*, traducción de Rafael Marín Trechera. Barcelona: Ediciones B, 1996 (2006)].
- _____. (1994) «Afterword». *Glory Season*. Nueva York: Bantam, 765-772.
- Donawerth, Jane (2000). «The Feminist Dystopia of the 1990s: Record of failure, Midwife or Hope». Marleen S. Barr (ed.), *Future Females, The Next Generation: New Voices and Velocities in Feminist Science Fiction Criticism*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield, 49-66.
- Duchamp, Timmi L. (25 Junio 2007) «A Brief Conversation with Susanna J. Sturgis», *Ambling Along the Aqueduct*, <http://aqueductpress.blogspot.com/2007/06/brief-conversation-with-susanna-j.html>
- _____. (Primavera 2002). «That Only a Feminist: Reflections on Women, Feminism and Science Fiction, 1818-1960», <http://ltimmel.home.mindspring.com/genealogy.html> [Originalmente publicado en *Foundation*, 31. 84]
- Freedman, Carl (Julio 2000). «Science Fiction and the Triumph of Feminism—Review of Marleen S. Barr, ed. *Future Females, The Next Generation: New Voices and Velocities in Feminist Science Fiction Criticism*. (2000)». *Science Fiction Studies*, 27(2): 81. http://www.depauw.edu/sfs/review_essays/freedman81.htm
- Gearhart, Sally Miller (sin fecha). «*The Wanderground: Stories of the Hill Women*», *The Sally Miller Gearhart Home Page*, <http://www.sallymillergearhart.net/textonly/wanderground.txt.html>
- Gunn, James & Kathleen Hellekson (2000). «Foreword». Marleen S. Barr (ed.), *Future Females, The Next Generation: New Voices and Velocities in Feminist Science Fiction Criticism*. Lanham, Md: Rowman & Littlefield, IX-XI.
- Haraway, Donna (1991). «Reading Buchi Emecheta». *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. Londres: Free Association, 109-124.
- Hollows, Joanne (2000). *Feminism, Femininity, and Popular Culture*. Manchester: Manchester University Press.
- James Triptee jr. Award, <http://tiptree.org/>
- Jones, Gwyneth (1999). «*Glory Season: David Brin's Feminist Utopia*». *Deconstructing the Starships: Science, Fiction, and Reality*. Liverpool: Liverpool University Press, 153-155.
- Larbalestier, Justine (2002). *The Battle of the Sexes in Science Fiction*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press.
- Martín Alegre, Sara (Junio 2014). «Teaching Gender Studies as Feminist Activism: Still Struggling for Recognition». Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, <https://ddd.uab.cat/record/126586>
- _____. (2011). *Desafíos a la heterosexualidad obligatoria*. Barcelona: EDIUOC.
- _____. (2007). «Los estudios de la masculinidad: Una nueva mirada al hombre a partir del feminismo». Meri Torras (ed.), *Cuerpo e identidad: Estudios de género y sexualidad I*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 89-116. <http://cositextualitat.uab.cat/web/wp-content/uploads/2011/09/04.-Los-estudios-de-la-masculinidad.pdf>



Grietas en el Nirvana feminista: una lectura bifurcada de *Tiempos de Gloria* de David Brin

- Martín Rodríguez, Mariano (2016). «(Anti)Gay Utopian Fiction in English and Romance Languages: An Overview», *Revista Morus: Utopia e Renascimento*, 11, 1: 199-229. <http://www.revistamorus.com.br/index.php/morus/article/view/279>
- Melzer, Patricia (2006). *Alien Constructions: Science Fiction and Feminist Thought*. Austin, TX: University of Texas Press.
- Merrick, Helen (2009). *The Secret Feminist Cabal: A Cultural History of Science Fiction Feminisms*. Seattle, WA: Aqueduct Press.
- Nerlich, B., D. D. Clarke & R. Dingwall (2001). «Fiction, Fantasies, and Fears: The Literary Foundations of the Cloning Debate». *Journal of Literary Semantics*, 30: 37-52. <http://www.metaphorik.de/aufsaeetze/nerlich-fictions.htm>
- Nevold, Ruth & Jay Lake (Junio 2006). «Who Needs Feminist Science Fiction?», *The Internet Review of Science Fiction*, <http://www.irosf.com/q/zine/article/10285>
- Pearson, Wendy Gay; Veronica Hollinger & Joan Gordon (eds.). (2008). *Queer Universes: Sexualities in Science Fiction*. Liverpool: Liverpool University Press.
- Russ, Joanna (1995, 1980). «Amor Vincit Foeminam: The Battle of the Sexes in Science Fiction». *To Write Like a Woman: Essays in Feminism and Science Fiction*. Bloomington: Indiana University Press, 41-59.
- van de Kruisweg, Ruud (1994). «Interview from *Holland SF*» (en [NicolaGriffith.com](http://nicolagriffith.com)), <http://nicolagriffith.com/holland.html>